

EL SÍNDROME DE WENDY

«Un breve relato de lo que de verdad importa en la vida.»



Lucy Morton

Edición en formato digital: Febrero 2017

Título: El síndrome de Wendy

Todos los derechos reservados.

©2017 Lucy Morton

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

ÍNDICE



[EL SÍNDROME DE WENDY](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)


[Más títulos de Lucy Morton](#)

EL SÍNDROME DE WENDY





Muchas son, sin saberlo, las personas que sufren el llamado “Síndrome de Wendy”. Consiste en la necesidad de satisfacer a otra persona debido al miedo al rechazo, a no ser aceptada o a caer mal. Así como el famoso “Síndrome de Peter Pan” cuenta con el problema de adultos que se comportan como niños y no quieren crecer, quienes sufren el “Síndrome de Wendy” son aquellas personas que se encargan de cuidarlas y protegerlas. Wendy y Peter Pan, por así decirlo, se necesitan el uno al otro. “Wendy” tiene la necesidad de satisfacer a quien tiene al lado, especialmente si es su pareja o sus hijos. Claro ejemplo es el padre o la madre que no ayuda en los deberes a su hijo, sino que los hace para facilitarle la vida en ese o en otros muchos sentidos; la ama de casa que asume todas y cada una de las obligaciones y responsabilidades del hogar sin contar con ayuda externa; o aquella persona que toma todas las decisiones para no causar problemas o quebraderos de cabeza a los demás y, además, justifica el mal comportamiento o la informalidad de la persona con la que convive.


Las características principales de quien padece el “Síndrome de Wendy” son:


 Cree que es alguien imprescindible en la vida de los demás. Nadie más que ella puede ocupar su lugar y el resto, suele aprovecharse de la disponibilidad que tiene siempre Wendy. Todo se lo piden a ella y ella es feliz complaciendo al prójimo.


 El amor para ella es un sacrificio, una resignación. Dar sin esperar nada a cambio.


 Siente la necesidad imperiosa de cuidar y proteger a los demás como si fuera su madre y también termina asumiendo ese rol con su pareja, especialmente si esta, padece el “Síndrome de Peter Pan”. Suelen encontrarse; es como aquel dicho de: siempre hay un roto para un descosido.

 Wendy evita que las personas de su alrededor se molesten, se enfaden o se disgusten. Necesitan caer bien cueste lo que cueste.

 Intenta hacer feliz a los demás de manera constante. Siempre quiere agradar, caer bien, que todo el mundo esté a gusto y feliz, sobre todo en su presencia.

 Asume las responsabilidades en lugar de otra persona, aun cuando no es su trabajo.

 Pide continuamente perdón aunque no haga falta, aunque no haya cometido ningún error y o no sea la responsable del problema a resolver.

 Es propensa a deprimirse por la falta de atención; la aceptación social es sumamente importante para ella.

Esta es la historia de una Wendy que, harta de ser siempre quien daba sin recibir nada a cambio aunque no lo esperara, se reveló contra su síndrome sin la ayuda de nadie. Combatió el “síndrome de Wendy” y decidió cambiar su vida radicalmente y su comportamiento hacia los demás cuando descubrió algo que sus ojos no deberían haber visto jamás.

¿Tú también conoces a una Wendy? ¿Quizá a un Peter Pan? Son frecuentes, existen en todas las partes del mundo y, seguramente hoy, caminando por la calle, has visto a uno. Pasan bastante desapercibidos como aquellos que proceden de otro planeta; como los ángeles y los demonios que habitan la tierra; pero combaten una lucha interna feroz como quien es adicto al alcohol, a las drogas o es dependiente de la nicotina. Como quien tiene insomnio, es adicto al trabajo o lucha contra sus numerosos miedos. Como quien trata de superar una pérdida, una ruptura o una crisis emocional de otro índole. Todos luchamos cada día contra algo. Wendy lucha contra Wendy y Peter Pan; Peter Pan, por su parte, parece no darse cuenta de nada y trata de buscar desesperadamente a una Wendy que actúe por él y esté ahí siempre, amable, generosa y sonriente, para cuando la necesite.

Espero que disfrutes de esta historia, breve pero intensa, en la que te espera un cúmulo de sorpresas, momentos tiernos y otros más rebeldes por parte de nuestra querida y confusa “Wendy”; también fantasía y un giro imprevisible de los que prometen dejarte KO.

Lucy Morton



CAPÍTULO 1



Todos quieren –y necesitan– a Wendy

Mil veces he intentado decir que no. Y mil veces he dicho sí.

Otras tantas he tratado de pensar solo en mí y he terminado pensando en la persona que tenía al lado. ¿Y para qué? Se supone que todo lo hago porque me sale del corazón sin esperar nada a cambio, pero hoy me he caído en la calle por una maldita cáscara de plátano que algún incívico ha tirado al asfalto de la ciudad de Nueva York, y nadie ha venido a socorrerme. Nadie. Sé que no soy Cindy Crawford, pero soy persona. Soy persona, me llamo Kate Middleton como la duquesa de Cambridge y estoy harta de que, cada vez que conozco a alguien, me suelte lo de:

—¿Cómo está William? ¿Dónde has dejado al príncipe?

Al principio sonreía con cara de boba y me excusaba diciendo que mi padre es inglés, de Watford, para ser exactos.

«Ahora no. Estoy cambiando, lo veo. Veo que algo pasa, que empieza la revolución. Que la buena de Kate no va a estar siempre ahí para cuando la necesiten, que...»

—Jovencita. Jovencita, ¿puedes ayudarme con la compra? Me pesan mucho las bolsas.

—Oh, señora. Por supuesto. Deme, yo le llevo la compra. ¿Dónde vive?

—A diez manzanas.

Me entraron los sudores fríos y a pesar del calor de julio, un escalofrío recorrió mi espina dorsal mientras cogía las cinco pesadas bolsas de la señora y me dispuse a recorrer a paso de tortuga junto a ella las eternas diez manzanas que quedaban hasta llegar a su hogar. No la conocía de nada; podía tratarse de una psicópata, una de esas ancianas peligrosas y asesinas; unas locas de remate. Pero me puse en su lugar. A los ochenta años también me gustaría que una joven de treinta me ayudara con las bolsas, aunque tuviera que cruzar media ciudad.

«Que se fastidie, serían sus brazos los que sufrirían el peso infernal de las bolsas.» Yo iría caminando feliz, a mi paso y sin prisas, sin problemas ni dificultades, mientras observo a la boba que ha aceptado la “oferta”. ¿Cuántos le habrían dicho que no antes de que apareciera yo? ¿Existe alguien en el

mundo capaz de decirle que no a una anciana?

«Sí —oí decir a una voz que no estaba en estos momentos, pero que me recordaba mucho a la de mi madre—, la gente ocupada, Kate. Búscate un trabajo de verdad.»

—A lo mejor tienes cosas qué hacer y te estoy entreteniendo —dijo la señora, a tan solo una manzana de llegar a su apartamento, situado en Queens.

No dije nada y me limité a pensar en que era algo que podría haberme dicho antes. Seguro que lo había pensado, pero prefirió callar y yo, por mi parte, odiaba tener ese pequeño momento de debilidad al pensar mal de ella y sus intenciones. Al llegar al portal me dio las gracias mirando mi cara de idiota cuando cogió las cinco bolsas como si de un culturista se tratara soportando unas mancuernas de tan solo cinco kilos. Yo, sin embargo, tuve que sufrir un desagradable hormigueo en mis cansados brazos mientras recorrí de vuelta las diez manzanas hasta llegar al apartamento que compartía con mi chico, un aspirante a actor que solo había conseguido protagonizar dos anuncios en la tele, por los que ya se creía George Clooney. Su nombre: Jerry, alias “mi George Clooney”.

Trato siempre de no reírme cuando se pone las gafas de sol y la gorra de los Mets diciéndome:

—Espero que no me reconozcan por la calle.

Lo peor de todo, es que siempre lo dice en serio. Que realmente se lo cree. No seré yo quien le quite la ilusión. Mientras habla de sus sueños, con total confianza en sí mismo, yo lo escucho pacientemente asintiendo y diciéndole que todo le irá fenomenal. Al mismo tiempo estoy recogiendo la ropa que deja tirada en el dormitorio o en el mismo sofá del minúsculo salón-comedor-cocina, para llevarla a la lavandería; barriendo o fregando platos. Porque claro, a él nunca se le ocurriría fregar un solo plato.

—¡Soy una estrella, Kate! —suele decir, alzando los brazos.

Es el típico que está constantemente haciéndose *selfies* para las “fans” de sus redes sociales, incluidas esas fotos con el torso desnudo frente al espejo del lavabo. Pero es tan vago, que no va al gimnasio, y tiene que hacer poses raras y conseguir una iluminación precisa, para que se le marque algo en el abdomen. La tableta de chocolate, dicen. No, “mi George Clooney” no tiene tableta de chocolate. Dudo, incluso, que tenga algo de cerebro. Eso es lo peor de todo. Que alguien como yo, se fijase, hace ya la friolera de cinco años, en alguien sin cerebro.

Normalmente me armo de paciencia con “mi George Clooney”. Respiro una, dos, tres, cuatro... hasta cinco veces, para calmar a la fiera que tengo oculta en mi interior. Nunca saldrá, por supuesto. No porque me domina el “Síndrome de Wendy” y no quisiera herir los sentimientos de nadie. “Mi George Clooney” y yo nunca nos hemos enfadado. Nunca hemos gritado. Somos dos compañeros de piso, amantes y amigos muy silenciosos, que llevamos tres años viviendo bajo el mismo techo. “Mi George Clooney” particular suele pasar las horas muertas en el sofá jugando a la Play o viendo la tele. Cuando a mí se me ocurre sentarme, tengo que hacerlo en un rinconcito y él pone los pies sobre mis rodillas para que le dé un masaje.

—¡Estoy tan cansado!

Y yo, que lo quiero con locura, le doy un masajito que lo relaja y le hace caer en un sueño profundo. Luego lo miro. Podría estar mirándolo durante horas mientras duerme. Y parezco una madre al verme pensar:

—Míralo, si es como un angelito... Cuando duerme parece que no ha roto un plato en su vida.

Pero yo sé que ha roto cientos de platos.

Hace dos años, cuando llevábamos uno viviendo juntos, me puso los cuernos. Lloró, se puso de rodillas, me pidió perdón y por primera vez me invitó a cenar. Al Mc Donald's, pero da igual. Invitó él. Por primera vez. Eso era lo que contaba. Le perdoné. No pensé en mí o en mi orgullo de mujer, sino en él y su felicidad. Si su felicidad consistía en estar conmigo en vez de con la mujer con la que me había sido infiel, ¿quién era yo para negárselo? Él me quiere y me necesita. Yo siempre estoy ahí como una imbécil. Siempre estoy ahí para él y para todo el mundo.

—Kate. —Me llama mamá *un día cualquiera*—. ¿Podrías ir a buscar a tu hermano al aeropuerto? A papá y a mí nos es imposible.

—¿A qué hora?

—A las doce.

—Allí estaré.

Y la buena de Kate, como no tiene otra cosa que hacer, conduce hasta el aeropuerto para ir a buscar a su hermano de veinticuatro años, que está de “año sabático” viviendo la vida y viajando con el dinero de *papá y mamá*.

—Kate. —Es mi abuela, que me llama *un día cualquiera*—. Me duele mucho la espalda, ¿podrías hacerme la compra?

Y la buena de Kate hace tres transbordos en metro para ir a hacer la compra a un súper mercado cercano a la casa de mi abuela, llevársela y llenarle la nevera. No me da el dinero. Me dice que a ver si le puedo limpiar un poco la casa, mientras ella ve un programa de cotilleo en televisión. Cinco horas en casa de la abuela y de vuelta a tres transbordos en el metro para llegar a mi casa, donde me espera “mi George Clooney” preguntándome qué hay para cenar, que no sabe cómo se enciende el fuego.

Y mientras preparo la cena, me llama una de las pocas amigas que tengo, Sarah, y me dice:

—Ay Kate, no sabes lo que me ha pasado.

—¿Qué te ha pasado? —pregunto alarmada.

—Tengo un vestido en la tintorería que necesito para mañana por la noche, pero me será imposible ir. ¿Puedes ir tú?

Le digo que sí. Al día siguiente voy hasta su casa a las ocho de la mañana antes de que se vaya a trabajar. Me da el ticket de la tintorería, me deja las llaves de su apartamento y coge un taxi en dirección a su trabajo porque el metro es demasiado vulgar para ella. Espero en una cafetería dos horas hasta que abran la tintorería, me dan el vestido, subo al apartamento de Sarah, se lo dejo encima de la cama junto a

la copia de las llaves y vuelvo a casa en la que “mi George Clooney” me pregunta cómo funciona la cafetera, que está dormidísimo, que necesita un café porque que en media hora tiene una audición en la otra punta de la ciudad.

Y *un día cualquiera*, enredando en internet, veo un artículo que habla del “Síndrome de Wendy”. Inmediatamente me llama la atención y lo leo de principio a fin. Gracias al artículo tengo un nombre para mi carácter, para lo que me pasa desde que tengo uso de razón. Siempre he querido caerle bien a todo el mundo; a veces he tenido suerte y otras no, pero normalmente nadie puede vivir sin mí, sin mi número de teléfono y mi ayuda. ¿Qué harían sin mí? ¿Quién iría a la tintorería a buscar los vestidos de Sarah? ¿Quién le haría la compra y le limpiaría la casa a mi abuela? ¿Quién iría hasta el aeropuerto a recoger a mi hermano? Nadie. Solo yo. Y aunque me agobia, me encanta sentirme imprescindible para los demás. De eso, por lo visto, habla el artículo sobre “Mi Síndrome de Wendy” y también sobre el “Síndrome de Peter Pan” que sé que padece Jerry. Me siento completamente identificada. Lo leo y lo releo una y otra vez. Pierdo el tiempo, pienso que “mi George Clooney” es Peter Pan y yo soy Wendy; si Wendy fue creada para proteger y cuidar a Peter Pan o Peter Pan fue creado para hacerle sentir bien a Wendy. Me pregunto muchas cosas y, a la vez, en estos momentos, ignoro si todas las Wendy del mundo están predestinadas a terminar con un desastroso Peter Pan que parece no tener la intención de aprender a valerse por sí mismo.

Por un momento, he dejado de llamarme Kate. Por un momento, sé que tengo otro nombre: Wendy. Y me disgusta enormemente ver con claridad que, durante todo este tiempo, se han estado aprovechando de mí y mi buena fe. De mi “Síndrome”.



CAPÍTULO 2



No todo el mundo quiere –y necesita– a Wendy

A veces, sucede algo o aparece alguien, que consigue abrirte los ojos de la manera más inusual. En uno de mis paseos por Nueva York, tratando de encontrar la inspiración para mi próxima novela auto publicada en Amazon, tropecé con un hombre más o menos de mi edad. Él, un barbudo arrogante con un tatuaje enorme en el brazo, me miró horrorizado al ver que, por mi culpa, se le había desparramado todo el café de Starbucks encima de una camisa que parecía muy buena. ¿De quién había sido la culpa? Ni suya ni mía, sino del creador de las esquinas sin visibilidad. Del creador de las prisas y el estrés. Del creador del café. Del de Starbucks y del de las camisas de colores claros.

—¡Cuánto lo siento! —exclamé.

El mundo, entonces, pareció ir a cámara lenta.

—Vivo cerca, si quieres en un momento te lavo la camisa y...

—¿Estás loca? —me interrumpió de malas maneras—. No necesito tu ayuda.

Me miró de arriba abajo y se fue blasfemando sobre una desconocida –yo–, la torpeza de esta –la mía– y el maldito café.

«No necesito tu ayuda.»

Esas cuatro palabras se me quedaron grabadas en la mente. Desde que tenía uso de razón, nadie me había dicho nunca: «No necesito tu ayuda.» Nunca. Porque todos me necesitaban y a mí, hasta hace tan solo unas horas antes de descubrir el artículo sobre el “Síndrome de Wendy”, me gustaba que así fuese. Me sentía imprescindible, alguien importante. Me gustaba que la gente, la conociera o no, me viera y tuviera la sensación de que yo, Kate Middleton, era lo mejor que les había pasado en sus vidas. Y ahora, esa frase no dejaba de sonar en mi cabeza insistentemente, en forma de voz masculina y arrogante, mientras me dirigía a Central Park, escenario en el que me sentía menos agobiada porque allí nadie

parecía necesitar mi ayuda.

Me senté en un banco. Me recordé a mí misma como Forrest Gump pero sin bombones. Me engordan una barbaridad. Miré a mi alrededor y vi a madres ayudando a sus hijos con los barquitos teledirigidos; le sonreí a una mujer que amamantaba en el banco de enfrente a su bebé de pocos meses; vi cómo una pareja se ayudaba mutuamente a la hora de estirar antes de salir a correr y cómo una anciana de por lo menos ciento veinte años, le daba de comer a las palomas.

—Todos necesitan ayuda, ¿verdad? —oí que decía alguien a mi lado.

Se trataba de una mujer. De treinta y tantos años, tenía el cabello rubio recogido en una coleta alta y los ojos más azules que he visto en mi vida. Olía a vainilla, me pregunté qué gel de ducha usaba. Me estaba mirando fijamente con una sonrisa. Llevaba un vestido floreado y unas sandalias marrones abiertas por detrás pasadas de moda.

—Supongo —respondí mirando al frente.

—Y tú, ¿necesitas ayuda?

Nunca he pedido ayuda a nadie.

Me encogí de hombros.

—Kate, haz que en tu vida solo seas imprescindible e insustituible para ti misma, no para los demás. No hace falta sonreír tanto para caer bien. No hace falta ayudar a todo el mundo para sentirte mejor. No hace falta, Kate. No hace falta.

En el momento en el que iba a preguntarle cómo demonios sabía mi nombre, se levantó. Y juro por Dios que miré a mi alrededor y la busqué por todos los rincones de la zona norte de Central Park y no la volví a ver. Como si al levantarse se hubiera desvanecido. Fue lo más extraño que me había sucedido nunca, pero, de repente, había otra frase en mi colección:

«Haz que en tu vida solo seas imprescindible e insustituible para ti misma, no para los demás.»

Me fui a casa con una sonrisa. Y con una nueva historia para auto publicar en Amazon, mientras las editoriales siguieran rechazándome debido al poco éxito de mis letras.



CAPÍTULO 3



¿Dónde está Wendy?

Los gritos de mi George Clooney resonaban en toda la casa.

—¡Café! ¡Café! —gritaba.

Yo, a gusto en la cama, con los reflejos de la mañana colándose por la ventana, no pensaba levantarme para irle a preparar café.

—¡Kate! ¡Venga, Kate! Tengo una audición muy importante, ¡prepárame café!

Tuve que agarrarme al colchón para no levantarme y obedecer sus órdenes.

—¡Kate! ¡Kate, por favor!

Oí cómo sus pasos se aproximaban al dormitorio. Abrió la puerta y con la desesperación y el sufrimiento marcados en su rostro, me suplicó una vez más que levantara el culo y le preparara el café. Me hice la dormida unos segundos, pero se acercó mucho a mí, hizo aspavientos con las manos y me hizo reír.

—No, aprende a hacerlo, Jerry —dije tajantemente.

Ahí fue cuando empezó la revolución. Al menos durante algunos minutos.

Cuando escuché que la puerta se había cerrado y, por lo tanto, que Jerry había salido, me dirigí hasta el salón-comedor-cocina corriendo y vi que se había dejado un guion en la mesa. Se me hizo un nudo insoportable en el estómago; me di una ducha a toda velocidad y fui a cambiarme de ropa. En el guion aparecía una dirección que quedaba, más o menos, a unos cuarenta minutos de casa. Así que cogí el guion para dárselo a Jerry y que no la cagara en su audición, y me dirigí hasta la dirección que ponía en la primera página, con dudas de si estaba en lo cierto de que se lo había dejado sin querer y que él

también había ido hasta ese sitio. Tenía que ayudarle. ¿Quién si no lo iba a hacer?

Pero al llegar, cuál fue mi sorpresa que ese no era un lugar en el que los actores hacían audiciones. Era un bar. Me quedé quieta en la acera viendo cómo “mi George Clooney” miraba embelesado y besaba a una chica de cabello rizado pelirrojo y sonrisa digna de cualquier anuncio de publicidad. Bajé la mirada, agaché la cabeza y desee ser invisible cuando las lágrimas se precipitaron rápidamente por mis mejillas. Tiré el guion a la basura, volví al apartamento y recogí mis cosas, incluida la cafetera. En esos momentos de vacío e incertidumbre, llamó mamá, llamó papá, llamó mi hermano, Sarah y hasta mi abuela. Todos dejaron un mensaje en el contestador. Todos me necesitaban. Mi hermano terminó diciendo: SOS. Sarah: Por fi, por fi, por fi. Mi madre: Anda, hazme el favor. Mi padre: ¿Vale, Kate? La abuela: ...no es solo por eso, también quiero verte, ¿eh?

Sonreí para mis adentros y recordé el extraño y surrealista momento del encuentro en el banco de Central Park. Volví hasta allí con una maleta llena de ropa, mi ordenador portátil y la cafetera en el interior. Le dejé una nota a Jerry en la que le decía:

«Te he visto con una pelirroja. Es muy guapa. Yo me voy, ahí te quedas. Sé feliz.»

¡Encima le había deseado que fuese feliz!

«Eres imbécil», me decía a mí misma en un ataque de furia.

Recorrí Central Park con mi maleta a cuestas, pero ni rastro de la mujer rubia con el cabello atado a una coleta alta y el vestido floreado. Las llamadas insistentes de todo aquel que me necesitaba seguían ahí, haciendo vibrar el teléfono móvil que echaba humo. No me extrañaría nada que, pasadas las veinticuatro horas de rigor, si no me encontraban, llamasen a la policía. ¿Se preocuparían realmente por mí? ¿Me buscarían? ¿Solo sería interés incluso viniendo de mis propios padres? Imaginaba sus caras y, sin saber por qué, me empezaba a reír. Sería tan gracioso que no supieran nada de la buena de Kate. Que desapareciera, así, sin más. Sin avisar. Muy poco propio de mí y de mi carácter; de mi deseo de ser y hacer felices a los demás.

Deambulé sin descanso por Central Park. La pantallita del móvil me indicaba que Jerry me estaba llamando. Una llamada tras otra; un mensaje tras otro. Que volviera, que podíamos hablar, que no era lo que parecía, que, que, que... que me necesitaba. Claro. Me necesitaba.

Pensé en cuánto dinero tenía ahorrado. No me daba para un largo viaje, pero sí, por ejemplo, para escaparme unos días a alguna zona rural no muy lejos de Nueva York. Fui hasta la oficina de turismo y pedí un mapa. Creyeron que era turista, así que una buena mujer me explicó qué era lo que sí o sí, debía conocer de Nueva York antes de irme de aquí. La señora que me atendió debía tener también el “Síndrome de Wendy”, si no, no me explico porque estaba sonriendo todo el tiempo, incluso cuando me decía señalando varios puntos del mapa: «cuidadito con el Bronx y estas zonas.»

—Ya, ya... —asentía yo.

Hablamos de museos como el Metropolitano de arte, el MoMa, el Solom R. Guggenheim que conocía como la palma de mi mano; también de Central Park, del Empire State Building, de la Estatua de la Libertad *que hay que ver sí o sí* según sus propias palabras; del barrio de Chinatown, curioso y lleno de gente; de Coney Island, del Ferry del Staten Island, de la Catedral de San Patricio y, seguidamente, los parques Battery o el Bryant cobraron protagonismo en nuestra conversación; el majestuoso edificio Chrysler e incluso los jardines botánicos: el de Brooklyn y el de Nueva York, este último situado en el 2900 de Southern Boulevard del “peligroso” Bronx.

—Yo vivo en Brooklyn —me decía entusiasmada—. Es el mejor lugar para vivir en Nueva York. Fui incapaz de decirle que yo también vivía en Nueva York, en el East Village.

El teléfono seguía vibrando sin parar, repleto de mensajes de voz, whatsapps y llamadas, mientras salía de la oficina de turismo sabiendo que ese no era el lugar al que debía haber acudido para buscar un refugio tranquilo al que fugarme. ¡Fugarme! ¡Sonaba tan bien!

Debido a mis ganas de coger el teléfono móvil y, quizá, si la parte revolucionaria de mí se arrepentía, ayudar y consentir a todo lo que mis padres, mi hermano, mi abuela y Sarah me pidiesen, lo apagué. Recé por recordar la combinación para volverlo a encender. Traté de pensar cuándo fue la última vez que me quedé sin batería o lo desconecté. Nunca, ¿tal vez? Porque la buena de Kate siempre estaba ahí para atender a todo el mundo. Una sonrisa maliciosa se apoderó de mi rostro. «¿Dónde está Kate?», se preguntarían todos, mientras yo había tomado la decisión de ser imprescindible única y exclusivamente para mí. Qué divertido y emocionante quedaba todo en mi poderosa imaginación.



CAPÍTULO 4



La desaparición de Wendy

Cold Spring

Por primera vez en mi vida, me importaba tres pimientos lo que pudieran pensar aquellos que tan egoístamente me necesitaban desde siempre. Yo era la típica niña que, con tres años y unos padres comodones, se levantaba de donde quiera que estuviese, para ir a buscar lo que le pedían sus padres. La que a los cinco años ya sabía fregar los platos y poner la mesa. La que a los diez hacía no solo su cama, sino la de sus padres y la de su hermano pequeño. La que a los doce se encargaba de su hermano de seis y lo iba a llevar y a recoger al colegio. La que, si su madre llegaba muy cansada del trabajo, preparaba la cena con catorce años. La que no podía jugar durante horas, concentrarse en los deberes una tarde o dormir toda la noche del tirón porque el pequeño Frankie quería que le leyese un cuento aunque fueran las dos de la madrugada. Esa era yo. Wendy desde que nació.

Cuando salí de la oficina de turismo con una trabajadora muy “Wendy”, me dirigí hasta una estación de tren en la que pedí exactamente con estas palabras:

—Deme un billete de ida al tren que venga antes. El que sea. Me da igual el destino.

Mis ojos reflejaban una mezcla de emoción, aventura y alegría que creo que no había experimentado jamás. Era mi momento. El momento de la ya “No-Wendy”.

El hombre, de unos cincuenta años con gruesas lentes, me miró alzando las cejas. Detrás de él había fotografías de «los más buscados»; afortunadamente en ninguna aparecía yo. Resignado, miró la pantalla de su ordenador y se limitó a decir sin querer parecer amable:

—Cold Spring. Llega en diez minutos.

—Genial.

No le di ni las gracias. Estaba empezando a desprenderme de Wendy. En ningún momento me pregunté cómo estaba Jerry o si mis padres, mi abuela, mi hermano y Sarah, hubieran dado un aviso a la policía de que algo malo tenía que haberme ocurrido porque el teléfono, al fin, estaba desconectado.

«¡Qué emocionante!», pensé, al subir en el tren con destino Cold Spring, que no sabía ni siquiera dónde se situaba en el mapa, e ignoré a un anciano que me pidió ayuda con sus maletas y a una mujer que, agobiadísima con un bebé en brazos y un montón de trastos, no daba abasto para ponerlo todo en orden y sentarse. Me pareció ver de reojo que me miraban mal. Que debían pensar que yo, ligera de equipaje, joven, alta y fuerte, no me había dignado en ayudarles. Qué egoísta por mi parte. Qué satisfacción sentía en esos momentos, al sentirme imprescindible única y exclusivamente para mí misma.

Así pues, no conocía Cold Spring, mi próximo destino, y donde nadie me encontraría. A tan solo una hora y veinte minutos de recorrido desde la ciudad, cuando el tren estaba llegando a su destino tras haber bordeado todo el río Hudson, me percaté que el ambiente de ese pueblo era muy distinto a lo que yo estaba acostumbrada. Parecía un lugar acogedor, de esos en los que todos ayudan a todos y los vecinos del pueblo se conocen y se saludan al pasar. No sabía si un sitio así me convenía; al fin y al cabo, mi misión era revelarme y ser más bien borde y estúpida con todo aquel con el que me encontrara. Mi misión, después de treinta años de complacencia, era caer mal. Que nadie me soportase y así, de esta forma, que nadie me pidiese ayuda para nada. No ayudar a nadie, eso es. Pasar de todo y de todos. A mis treinta años y recién soltera tras ver con mis propios ojos la traición de la infidelidad, ¿de qué otra forma podía reaccionar? Hay quien se pasa meses tumbado en la cama o en el sofá poniéndose hasta arriba de helados; otros pasean sin rumbo, pero siguen en la zona de confort y otros, como es mi caso, huyen con la intención de no ser encontrados. ¿Y para qué? Para que se preocupen un poco por una y con un poco de suerte, estar saliendo en los telediarios de todo el país dentro de dos días por haber desaparecido. Y yo, haciéndome un poco de rogar, llamaría a *mamá* y a *papá*, que llorarían al otro lado de la línea telefónica, y serían felices porque su hija, afortunadamente, estaba sana y salva. La prensa y la tele se harían eco de la buena noticia y me harían entrevistas, fotos y cosas así. En fin. Así era como lo vivía todo dentro de mi cabeza. Luego, la realidad, era otra muy distinta.

Comí un bocadillo rápido en el Moo Moo's Creamery con vistas al río Hudson, al lado del puerto y cerca de un parque llamado Dockside. Al lado había un hotel llamado Hudson House, pero supuse que era caro por la zona en la que se encontraba y me fui arrastrando la maleta hasta el centro del pueblo. Caminé por la calle Main, la principal. Todo el mundo me miraba sabiendo que era una forastera. Yo no miré a nadie, por si alguien me pedía ayuda. Me costaría mucho menos decir «No» o «No puedo», si no le miraba a la cara. ¿A cuántas ONG me había inscrito por no saber decir que no a los comerciales que pasaban frío y calor según la época, con esos chalequitos, vendiéndome el hambre y la miseria del

mundo en mis paseos por Nueva York? Incontables. Demasiadas. No daba abasto.

Tras mucho bajar y subir la calle, harta de la monotonía del lugar y de tropezarme mil veces con las mismas caras, entré en Pig Hill, en el 73 de Main, un pequeño y sencillo hotel en el que casi todas las habitaciones estaban libres.

—¿Cuánto tiempo se quedará?

No lo sé.

—Una semana —dije—. Aunque puede que algo más. No estoy segura.

La mujer, con suficiente edad como para jubilarse, me miró como el de la estación de tren de Nueva York. Ahí no había fotografías de fugitivos, pero creo que pensó algo así de mí en un primer momento.

Subí a la habitación a dejar mis cosas. Con una ventana de madera blanca que daba a la calle principal, una antigua tele y una pequeña cama, quedé satisfecha con la elección. ¿Qué podía hacer? Traté de encender el móvil pero, como ya suponía, no recordaba cuál era el código para volver a activarlo. Probé con fechas de nacimiento, con el día, el mes y el año de mi primera cita con Jerry en un Burger King, con 1, 2, 3, 4... pero nada. ¡¿Cuál era la maldita clave?!

Al principio me entró un subidón que creía que se me pararía el corazón. Luego, mirándolo desde la perspectiva lógica de esos momentos, preferí que fuera así. Si no quería ser encontrada, no debía estar localizable. Y hoy en día, nos hemos acostumbrado a que, vayamos donde vayamos, todo el mundo nos pueda encontrar. ¿Qué hay de malo en desaparecer un ratito? ¿Qué hay de malo en que no te encuentren?



CAPÍTULO 5



¡¿Es que nadie echa de menos a Wendy?!

Cold Spring

Cinco días. Cinco días desde mi desaparición voluntaria –aunque eso solo lo sabía yo–, y nadie había movido un solo dedo para encontrarme. ¿Y si estaba en apuros? ¿Y si me habían raptado contra mi voluntad? ¿O me habían matado y descuartizado en cachitos? ¿Y si había tenido una repentina pérdida de memoria y estaba recorriendo las calles de Nueva York sin saber ni siquiera mi nombre? ¡¿Es que no existo?! ¿No le preocupo a nadie?

Pendiente a todas horas del televisor y, muy especialmente, del canal de noticias, mi cara no aparecía en ningún lado. Adiós a mi fama. A mis deseos de que medio mundo me conociera por algo tan trágico como una desaparición.

La furia crecía por momentos; Wendy era ya un espejismo del pasado. Había dejado de existir y no la echaba de menos. Acostumbrándome a ser déspota y cero amable, creo que en el hotelito me cogieron un poco de tirria y un día, hasta se me ocurrió sonreír, por si me escupían en el café o algo así. La gente dejó de mirarme y sentir curiosidad por “la forastera” malhumorada y anti-social de Cold Spring.

Probé todos los restaurantes del pueblo. El The Main Course, las pizzas de Angelina’s, meriendas en el Dunkin Donut’s de la calle Chestnut y cafés en el Hudson Hil’s de la calle Main o el de Cupoccino, situado justo en la acera de enfrente; las hamburguesas y las patatas fritas caseras de Le Bouchon y los ricos asados del Rincón Argentino. La gastronomía del lugar me tenía fascinada, engordé unos kilitos.

Un día, me alejé de la civilización. Caminé lo que me parecieron años de senderos oscuros y

tenebrosos hasta llegar a un pequeño embalse y encontrar la soledad que estaba buscando. No calculé el tiempo, la verdad, pero parecía que había pasado lento. Me senté encima del césped con la única intención de contemplar el paisaje y perderme entre mis pensamientos. ¿Cuántas llamadas tendría mi teléfono móvil? ¿Habían encontrado a otra Wendy? ¿La chica pelirroja era una Wendy o, simplemente, le había ayudado a mi George Clooney a deshacerse de su síndrome de Peter Pan, del que también había leído algo en internet?

—¡Hola, Kate!

Me di la vuelta sorprendida por el saludo de alguien a quien no conocía, pero, por lo visto, él a mí sí. ¿Otro fantasma como el de Central Park? Lo que me faltaba. Me estaba volviendo majara. Opté por ignorarlo, pero el tipo se sentó a mi lado. Lo miré de reojo. De unos treinta y tantos años, el hombre me miraba con una sonrisa permanente que me recordaba mucho a mí —en otros tiempos—. Apenas se le veía los labios debido a una frondosa barba de color castaño al igual que su pelo y los ojos eran del mismo color que el café; vivarachos, curiosos e inquietos, me escudriñaban atentamente, haciéndome sentir muy incómoda.

—¿Quién eres? ¿Sabes que es de mala educación mirar tan fijamente a alguien? —le regañé.

Mi “Yo” anterior le hubiera sonreído y saludado dulcemente con la intención de caerle bien; incluso le hubiera preguntado si necesitaba ayuda o algo por el estilo. Pero las cuatro palabras de aquel hombre al que le tiré el café encima, me vinieron a la mente: «No necesito tu ayuda.» ¿Por qué la iba a necesitar ese tipo?

—Oh, perdona. Soy Jack.

Me ofreció la mano. Yo no moví ni un solo dedo, no mostré interés por él, y seguí con la mirada fija en el embalse.

—Mi madre es la dueña del hotel en el que te hospedas —me informó—. Te he visto un par de veces, de lejos. Y siempre me he quedado con ganas de saludarte, hasta que...

—¿Me has seguido hasta aquí? —le pregunto, sin dejar que continúe hablando.

—¿Eh? No, no, no. Nada de eso. Vengo mucho por aquí. En bici.

Mira hacia atrás y me señala una bicicleta verde tirada sobre el césped.

—Ah.

—Quieres estar sola, ¿verdad?

—Estaría bien, sí.

«En realidad no. Me muero de ganas por hablar con alguien. De ayudar a alguien. Pero no, no, no, no. Soy la cruel y renovada Kate. ¿Se puede ir contra natura? ¿Es eso posible?», me pregunto. Tenía ganas de contarle que me escondía por culpa de una infidelidad y harta de que se aprovecharan de mí, o que, en realidad, estaba tratando de llamar la atención pero que, por lo visto, no lo había conseguido. Nadie se había preocupado por mí. Mi teléfono móvil inutilizable por no recordar la clave debí estar repleto de llamadas, de eso no me cabía la menor duda, pero estaba convencida de que eran, como

siempre, para pedirme favores.

—No te molesto más.

Hizo un amago de levantarse. Seguí luchando contra mis instintos pero en esa ocasión, Wendy pudo más.

—No me molestas. Puedes quedarte conmigo un ratito.

Sonreí. ¡Sonreí! Por primera vez en esos cinco días. Era agradable y Jack no parecía necesitar nada de mí. Se acercó por placer, no por interés. Ahí estaba la diferencia y el truco de saber no solo mirar, sino también ver. Estar con Jack, al que en realidad no conocía de nada, resultaba agradable.

—¿Qué haces en Cold Spring? ¿Huir de la pasma? —rio.

—En realidad —empecé a decir, sincerándome desde el principio—, huyo de mí misma. O al menos eso creo. Tengo treinta años y una vida dedicada a los demás. No soy monja ni nada de eso, pero estar encerrada en un convento de clausura, sería lo mismo.

—Vaya.

No pareció sorprenderle. Lo miré fijamente y pensé en que podría explicarle mi vida entera a ese hombre. Podría contarle que llevaba cinco años con un aspirante a actor de Hollywood engreído y egocéntrico. Podría decirle que lo pillé con una pelirroja en un bar cuando fui hasta la dirección que indicaba en el guion que se había dejado en casa, con la intención de llevárselo. Porque claro, la buena de Kate siempre estaba ahí para él. Para él y para todo el mundo. Pensando antes en los demás que en sí misma. Dejando la peluquería, la escritura, la serie a la que estaba enganchada o lo que fuese que quería o tenía qué hacer, para dedicarse completamente a los demás. Para ir a buscar al aeropuerto a su hermano, para ir a buscar vestidos con los que ella no podría soñar jamás a la tintorería para que su amiga los tuviera listos cuando los necesitaba, para limpiar la casa de su abuela cuando la suya, a veces, estaba hecha una pocilga... Y ahora, que había desaparecido, ¿quién se preocupaba por mí? ¡Nadie! Por un momento quise ir corriendo hacia el hotel para tratar de encender una vez más el móvil, pero empecé a jugar con el césped mirando cabizbaja el suelo y tratando de controlar el temblor de mi barbilla que me indicaba que las lágrimas brotarían pronto de mis ojos.

—Ey, ¿estás bien? —preguntó Jack, apoyando su mano en mi hombro.

—Lo estaré. Cuando me acostumbre a esto, lo estaré.

No sabía cuánto tiempo hacía falta para acostumbrarme a ser quien había decidido ser. La persona que ignoraba a todo aquel que necesitaba su ayuda. La persona que no miraba a la cara de la gente para no sentir la imperiosa necesidad de ser agradable. La persona egoísta y perversa que, sin darme cuenta, imitaba al 80% de la humanidad.



CAPÍTULO 6



Siempre hay alguien que te puede ayudar.

Y no tiene que ser Wendy.

Cold Spring

—Aún queda mucha gente buena en el mundo, Kate —empezó a decir Jack tranquilamente, mirando el paisaje—. Muchas Wendy y, desafortunadamente, muchos Peter Pan que se aprovechan de ellas.

Lo miré sorprendida. ¿Cómo sabía él lo de Wendy y Peter Pan? Yo aún no le había contado nada.

—No tienes por qué cambiar. Estás bien tal y como estás mientras seas feliz.

—Ese es el problema. Que no soy feliz —dije, apesadumbrada.

—¿Y crees que aún estás a tiempo de cambiar?

Forzó una media sonrisa.

—Por supuesto —respondí rotundamente—. Lo peor de todo es que parece que nadie se ha preocupado por mi desaparición.

—¿No te han llamado?

—¡No lo sé! —dije nerviosa—. No recuerdo la clave del móvil.

—Todo en la vida pasa por algo, ¿verdad?

Jack miró el reloj y se levantó rápidamente.

—Tendría que haberme ido hace rato. Kate, nos veremos pronto, ¿vale?

—¿Ya te vas?

No quería que se fuera. Aunque parecía saberlo y conocerlo todo de mí sin que hubiera hecho falta que le contara nada, necesitaba explicarle mi historia. Lo que “mi George Clooney” me había hecho, lo mucho que dolía y que, sin embargo, ahora parecía secundario respecto al poco interés que mis “seres

queridos” habían mostrado por mí.

—Te prometo que nos volveremos a ver. Pronto.

Miré cómo cogía la bicicleta del suelo y, sin dejar de mirarme con una sonrisa y un mechón encantador alborotando su frente, pedaleó sendero abajo desapareciendo entre los árboles. Seguí jugueteando con el césped un rato más. Pensé en la mujer que se había sentado a mi lado, la rubia con coleta de caballo y sus palabras:

«Kate, haz que en tu vida solo seas imprescindible e insustituible para ti misma, no para los demás.»

Las recordaba por enésima vez, me transmitían paz, calma. Quizá debería volver a Nueva York y enfrentarme cara a cara con mis problemas. Saber decir, allí donde me vieran y supieran dónde encontrarme, que NO. No a todo. O no puedo a casi todo. Al fin y al cabo, siempre encontrarían a otra Wendy estúpida que les hiciera favores.

Recorrí el sendero por el que instantes antes había desaparecido Jack. Por momentos me desorienté, no sabía dónde narices me había metido. Estaba anocheciendo y apareció repentinamente el temor de que apareciese cualquier perturbado o un lobo. Wendy suele ser miedosa. Kate no lo debe ser. Ya no. Valerosa, caminé hasta encontrar la bifurcación que desembocaba en la calle principal de Cold Spring. Todo estaba vacío. Los comercios habían cerrado y las únicas luces que iluminaban la calle, cuyas farolas parecían haberse estropeado, eran las del hotel en el que me alojaba y algún apartamento de los edificios de al lado.

La mujer de recepción tardó un buen rato en llegar. Quise decirle que había conocido a su hijo, a Jack, pero no tenía ganas de hablar. Me dio las llaves y subí a mi dormitorio. Dormí durante horas sin la necesidad de tener un teléfono móvil al lado con el que todo el mundo me pudiera localizar.



CAPÍTULO 7



Todo puede cambiar en cuestión de segundos.

Nueva York

Todos querían a Kate Middleton. Tan buena, tan generosa, siempre preocupada por los demás... Son cosas que suelen decirse de las personas que mueren, las que se van al otro lado; pero en el caso de Kate, todos los halagos eran ciertos. Siempre dejaba lo que fuese que estuviera haciendo para ir a ayudar a todo aquel que lo necesitase.

Se celebraba una misa en recuerdo al fallecimiento, hacía ya un año, de la buena de Kate. Y todo por una caída tonta cuando fue corriendo hacia el cuarto de baño. Las baldosas estaban un poco mojadas, ella se resbaló y se dio un fuerte golpe en la cabeza contra el mármol de la bañera. Cuando Jerry, su novio, la encontró después de llegar de una horrible y fracasada audición, ya era demasiado tarde. Kate llevaba tres horas muerta. Fue al momento, el forense consoló a sus padres diciéndoles que no había sufrido.

—Fíjate, Jerry —susurró la madre de Kate a su marido—, ya viene con una fulana del brazo.

—Shhh... es joven, la vida sigue... —replicó el señor Middleton apesadumbrado.

Una fotografía de Kate, sonriente y jovial, presidía el altar de la iglesia de la Trinidad situada en la 75 de Broadway. Muchos eran los amigos y familiares que habían asistido ese soleado y caluroso día de julio para decirle a Kate que, después de un año de su fallecimiento, seguían pensando en ella.



CAPÍTULO 8



«*Sé que me extrañas, y yo también, pero Shhh... sigamos fingiendo que somos fuertes.*»

Los días pasaban. Extraños y lentos, parecía haber pasado de ser esa forastera por la que los habitantes de Cold Spring sentían curiosidad, a una persona completamente invisible a la que nadie miraba. Me había quedado sin dinero, así que cuando salía, trataba de hacerlo con discreción para no ser vista por la propietaria del hotel. Sin embargo, ella nunca me decía nada.

Un día, no recuerdo cuál, puesto que la ausencia de teléfono móvil me hacía vivir sin saber ni siquiera el mes de julio había pasado o si era lunes, martes o domingo, decidí preguntarle por su hijo Jack. El joven al que conocí en el embalse y que a lo largo de estos últimos días ha estado conmigo cuando más lo he necesitado. Lo sabe todo de mí, pero no por haberle contado mi vida. Es, extrañamente, un adivino, un ser especial, que habla y sabe antes de que yo le cuente nada. Como si leyera mis pensamientos.

—Buenos días —le saludo a la propietaria, que se quita las lentes y me mira con el ceño fruncido.

«Mierda. No debería haberle dicho nada. Me mira así porque no le he pagado las “no sé cuántas” semanas que llevo aquí y me va a echar a patadas.»

Me aclaré la garganta y sonreí. A lo largo de estos días, solo le había sonreído a Jack. A nadie más. Y os voy a confesar algo... me estaba enamorando *casi un poquito* de él. Me daba vergüenza hablar con la *casi suegra* para confesarle lo majo que era su hijo; lo bien que lo había criado. A todas las madres les gusta que les hablen bien de sus hijos, ¿no? Estaba decidido a hacerlo.

—Dime.

—Su hijo, Jack —empecé a decir, tratando de borrar la sonrisa de idiota que se me estaba quedando, al recordar la tarde anterior de camino al embalse, cuando me tropecé con una ramita que sobresalía de la tierra y él, muy amable y caballeroso, me amarró de la cintura electrizando toda mi piel,

para que no me cayera. Dios... estuvimos a tan solo dos centímetros. A punto de besarlo. Pero no lo hice y él tampoco pareció tener intención de conocer mis labios.

—¿Qué le pasa a Jack?

Su pregunta me sorprendió.

—¿Qué le pasa? Oh, nada, nada. Solo quería decirle que lo conozco. Que nos hemos hecho amigos, que...

—Mi hijo Jack lleva muerto diez años, señorita.

Fue entonces cuando lo entendí. Cuando la mujer me dio la espalda y desapareció, cuando otra ocupó su lugar, otra a la que yo no conocía; cuando el hotel empezó a llenarse de gente y nadie me veía. Fue entonces cuando recordé. Cuando volví a Nueva York, concretamente a aquella calurosa mañana de julio en la que Jerry me gritó que quería café y yo decidí dejar de ser Wendy, quedándome remolona en la cama. Cuando escuché que la puerta se cerraba, vi que se había dejado un guion y corrí hacia el baño. Cuando me di un golpe mortal en la cabeza. Cuando morí.

Salgo del hotel.

Hay mucho ruido.

Un ruido ensordecedor.

Jack me espera en la otra esquina de la calle.

Quiero llorar, pero las lágrimas no existen en mi mundo.

Quiero gritar, pero sería inútil. Nadie me escucharía.

—¿Qué ha pasado, Jack?

Jack se acerca. Jugamos, por un momento, a estar vivos, mientras las almas de los del otro lado pasan por delante de nuestros ojos sin que nos puedan ver.

—Estamos muertos.

—Pero yo... Yo no he recordado nada hasta ahora.

—Lo sé. He venido a ayudarte, Kate.

—¿Por qué?

—Porque eso es lo que hacemos. Ayudar. Algún día, tú volverás a bajar y ayudarás a alguien.

—No. Ya ayudé a mucha gente cuando vivía. El maldito síndrome de Wendy. Joder, Jack... esto no puede estar pasando. Si no hubiera querido ayudar a Jerry, si no hubiera ido con prisas, no hubiera tropezado y me hubiera caído y no...

—Shhh... Kate. La muerte viene de cualquiera de las maneras. Era tu día y tu hora, fue de forma accidental pero podría haber sido de otra manera. Yo, por ejemplo, me caí de la bici al embalse y me ahogué. Me costó mucho comprender que debía morir ese día y que me hubiera muerto en casa, de un infarto, por ejemplo. Todos tenemos nuestro día y nuestra hora programados desde que venimos al mundo.

—Por eso no he salido en la tele. Por eso nadie ha pensado que había desaparecido porque en

realidad no había desaparecido, sino que morí. ¿Hace cuándo?

—Un año.

—¿Un año?!

—El tiempo, para nosotros, apenas existe. Es un suspiro.

Me estaba *casi enamorando* de él. Casi. Lástima que no nos hubiéramos conocido en otras circunstancias.

—¿Y ahora qué hay que hacer? —le pregunté indecisa.

—Cruzar. A un lugar en el que podrás seguir siendo quien eres sin complejos. Porque tú siempre has sido Wendy, Kate. Nadie puede ir contra natura y menos un alma tan bonita como la tuya. Es bueno ayudar sin esperar nada a cambio. Mira, te voy a enseñar algo.

No sé cómo abandonamos la calle principal de Cold Spring, para acabar en una iglesia repleta de gente, con una de mis mejores fotografías situada en el altar. Todos lloraban, rezaban y sonreían recordándome, mientras el cura me nombraba y solo decía maravillas de mí. A los difuntos les gustaría ver cómo sus seres queridos siguen con sus vidas. En cierto modo a mí también, pero me moría de ganas por ver un mar de lágrimas en toda la iglesia.

—Puedes consolarlos, si quieres. Recuerda que no es reciente, que ha pasado un año —explicó Jack, leyéndome el pensamiento de: «¡Quiero que lloren más por mí! ¡Mucho más!»

—¿Cómo? —le pregunto. ¡Ay de mí! Fantasma inexperto.

—Lo habitual es acariciar la mejilla o ponerles una mano sobre el hombro.

—Como hiciste tú el primer día que nos conocimos.

—La costumbre, ya sabes —dijo con una media sonrisa bajo su frondosa barba.

Asentí y me fui acercando sigilosamente a todos los presentes, hasta terminar frente a mis padres, mi hermano y mi abuela. Hice, sin apartar la mirada de Jack, que me esperaba en la puerta de entrada delante de un rayo de luz, lo que me había dicho. Acaricié sus mejillas, puse mi mano en sus hombros y los cuatro, a la vez, se estremecieron y sonrieron. En el caso de mi abuela, la pobre, empezó a llorar aún más.

—Tranquila, abuela. Si pronto vendrás conmigo —dije, para darle un poco de humor a la escalofriante situación.

Miré al otro lado y vi a Jerry junto a la pilingui pelirroja. Entendí que cuando les vi besándose y profiriéndose todo tipo de mimos en el bar, yo ya había muerto. En realidad, en esa ocasión, no me fue infiel. Trataba de olvidarme con otra. No sé cuánto tiempo había pasado desde mi muerte, pero le deseaba que fuese feliz, tal y como le escribí en una nota que, probablemente, nunca leyó, porque en realidad nunca escribí.

«Solo vemos lo que queremos ver. Solo vivimos lo que queremos vivir. Solo estamos donde nos gustaría estar.» Esa es la vida de alguien que no sabe que ha muerto. Rodeándose de otros espíritus que juegan a seguir vivos, como la trabajadora sonriente de la oficina de turismo, el de la estación de tren o

la propia madre de Jack, atrapada eternamente en su hotel de Cold Spring. ¿Qué fue de todos aquellos succulentos platos de comida que creí probar? ¿Qué fue de la gastronomía de Cold Spring? Divagamos por otros mundos, en otro espacio, muy diferente al que existe en realidad pero que, para nosotros, también es real. Curiosa la muerte cuando no la esperas. Curiosa cuando está presente, acechándote desde tan cerca. También supe, porque cuando estás muerto parece ver tu vida una y otra vez, sabiendo cosas que antes ni siquiera intuías, que aquella mujer de cabello rubio recogido en una coleta alta que se sentó conmigo en un banco de Central Park, era un espíritu de luz. De esos que te guían y te aconsejan. Yo estaba viva aún. La pude ver, no por ningún don espiritual ni nada por el estilo, sino porque no tardaría en cruzar al otro lado. Porque ya estaba *casi* muerta sin saberlo.

—Nos tenemos que ir. Tu misión aquí, en la tierra, llegó su fin, Kate. Pero ¿quieres que te cuente un secreto?

—¿Cuál? —pregunté con curiosidad.

—Lo has hecho muy bien. Toda esta gente está hoy aquí por y para ti, para recordarte. No nos vamos del todo mientras siguen recordándonos y tu “Síndrome de Wendy”, como tú lo llamas, salvó a más de una persona, por lo que nunca desaparecerás de sus corazones.

Hubiera llorado de haber podido. Supe que Jack era alguien especial desde que lo conocí, pero no sabía que tanto. Reprimí mis ganas de preguntarle si había alguien que lo recordara a él, sabiendo que su madre también era un espíritu y que ya habían pasado diez años desde su fallecimiento. Pero me callé y, en vez de eso, le pregunté:

—¿Adónde me llevas, Jack?

—Al país de nunca jamás.



Y así fue cómo, cuando estaba decidida a dejar de ser Wendy y a padecer el síndrome de querer agradar a todo el mundo y ayudarles en todo cuanto estuviese en mi mano sin esperar nada a cambio, me fui. No sé si hubiese conseguido cambiar en el caso de haber seguido viva. Si Kate hubiera vivido con Wendy durante muchos años o, por lo contrario, se hubieran separado. Si es mucha la gente a la que ya no podré ayudar o con la que el destino me tenía preparado un encuentro.

Jack coge mi mano. Me sonrío, me mira fijamente y me inspira confianza. Él es mi Wendy, la persona imprescindible en mi camino hacia el País de Nunca Jamás. Y yo, he decidido que, por el momento, seré solo Wendy para mí misma hasta que alguien desde abajo –quizá seas tú–, necesite mi ayuda.

«La vida no es un problema para ser resuelto.
Es un misterio para ser vivido.»



Gracias por haberte adentrado en el especial mundo de EL SÍNDROME DE WENDY.
Espero que hayas disfrutado de su historia.

Guarda el final de esta “novela-relato” en secreto y comparte tu opinión en Amazon para que otros lectores se animen a conocerla.

¡GRACIAS!



Más títulos de Lucy Morton:

¡Descúbrelos!

